

La espera

Después de una primera parte, titulada *La rueda de Virgilio*,* podría afirmar que nada justifica una segunda. Sólo el folletín o las novelas de aventuras soportan esa segunda vida o muerte de los personajes. Entonces, más de veinte años después, apenas se trata de una continuación discontinua, un rap espiritista. Entre la carne y el espíritu del escritor, la mitología espiritista supo enclavar sus golpes de estilo.

Verdadera herejía la de Ricardo Piglia que, a mediados de la década del ochenta, se le ocurrió pedir, para una colección que dirigía, a escritores que ni siquiera teníamos una vida literaria, junto a otros que eran “autores” ya consagrados, una autobiografía. Como suele suceder, la colección nunca llegó a concretarse, pero su idea puso en movimiento la *Rueda* de la escritura. Lo hizo, como diría A. Döblin, “confiando en el lenguaje”. A su llamado más que amistoso le debe su existencia *La rueda de Virgilio*. Y de alguna manera, una

* *La rueda de Virgilio*, Luis Gusmán, 1989.

autobiografía responde siempre a algo del orden de un llamado.

“La autobiografía es un género huérfano.” Es cierto, tal vez por eso trata de ampararse en una genealogía. Bastarda, noble, emputecida, sagrada, poco importa. Lo que parece ineludible es acudir a un pasado que puede llenarse con imágenes, palabras y voces.

En su historia del espiritismo, A. Conan Doyle, hablando de las voces mediúmnicas, nos dice: “Millares de personas pueden repetir las palabras de Job ‘Oí una voz’, aludiendo a la voz que viene de alguien que no es ya de este mundo. Y pueden decirlo con la convicción que da la certeza”. Hay vasos comunicantes entre *Las ciencias ocultas en Buenos Aires* y la inmigración.

Porque en nuestro pasado inmigrante —para decirlo con Raschella, *Si hubiéramos vivido aquí*—, esta tierra era un vacío del que quedaba algún resto, un cocoliche, un idioma macarrónico, un refranero gallego donde cada refrán que brotaba de la boca de mi abuela era una sentencia. Ante la pregunta: ¿Qué hay para comer?, la respuesta era: “Torrejas. Si las quieres comer las comes y si no las dejas”. No era una respuesta que se debía solamente a la intolerancia ante un capricho infantil sino que respondía también a una economía exigua.

Mi abuela materna era criolla, nacida en los Esteros del Ibicuy, pero su marido, mi abuelo, era hijo de gallegos. Gallegos de Luro. Pero, si él siempre había vivido bien, ¿por qué esa amenaza de la hambruna que no es lo mismo que el hambre? La semana trágica, la revolución del treinta, la ley de alquileres, el desalojo. A falta de otra cosa, nos alimentábamos de palabras. *Si hubiéramos vivido aquí. ¿Dónde? ¿En la Argentina? ¿En Italia? ¿En España? ¿Pasajeros en tránsito?* Una especie del regreso de los muertos vivos. Parientes que habían emigrado a otros países, parientes que habían muerto en la travesía, parientes que habían desaparecido sin que nadie supiera dónde habían ido a parar. Parientes que deambulaban en los relatos familiares y en las anécdotas, volvían a cobrar una vida.

Como muchos de los que vivían en el barrio, mi familia también esperaba una carta de los pocos parientes maternos que se habían perdido en Galicia o de la rama paterna proveniente de algún lugar del sur de Italia. Una espera inútil. Nosotros nos habíamos perdido para ellos o peor, nunca habíamos existido. La espera de una carta también podía ser una amenaza que iba en este orden: el luto, el llamado a la milicia, el desalojo y el despido.

A veces la vida juntaba el luto y la milicia. Los Avellaneda, apellido ilustre, pero ellos no tenían ni dinero ni apellido, eran una familia numerosa. Eran tucumanos. Casi todos tenían sobrenombre. Un día llegó un telegrama en el que se les comunicaba que el mayor

de los hermanos que estaba haciendo la conscripción había muerto en servicio. Nunca se llegó a averiguar la verdadera causa de su muerte. Estoy hablando del año 1954. Toda la familia era peronista. Lo velaron a cajón cerrado. Una bandera argentina cubría el ataúd. Dos soldados hacían guardia de honor al lado del muerto. Cada dos horas eran relevados por otros dos. Eran distintos pero parecían los mismos. Los ojos fijos, las facciones inmóviles, la boca cerrada. Nunca hablaron. Ni esa noche ni nunca aunque eran de la misma compañía. Recuerdo la mañana en que lo llevaron por Agüero. Un día gris. El único sol era el de la bandera que, entre las flores, dejaba escapar un rayito amarillo cuando todavía mirábamos la bandera con ojos infantiles.

La hora fatal

Podría decir, una espera justifica hasta una minucia. Un tiempo que ni aún hoy podría medirse en el orden de lo humano. Un tiempo del más allá.

En el cementerio de Rosario de la Frontera se ven tumbas donde, al lado de la foto del muerto, hay esculpido un reloj cuyas agujas de bronce sobresalen levemente, con lo cual el visitante puede mover las manecillas a su antojo. “Que la tierra te sea leve” reza la fórmula fúnebre, y las agujas que alguna vez fueron doradas se ofrecen con una discreción imperceptible a las manos anónimas que visitan las tumbas.

El reloj marca el instante en que aquel que yace bajo tierra dejó esta vida para irse al otro mundo. Se la llama la hora fatal. Se deduce que el mecanismo funciona si hay un testigo que dice: “Esta fue su hora”. Uno no se puede morir solo. O, como habitualmente sucede, que la verosimilitud se impone aun a la muerte. Lo cual confirma que esa hora —seguramente indicada por un deudo— siempre es la hora del otro. Es otro quien mueve las agujas.

Esperar el retorno de un muerto es la peor de las esperas. Ni siquiera una espera inútil, sino decepcionante. Para saber cómo es hay que vivirlo en carne propia. En algunas de las sesiones de espiritismo a las que, siendo chico, me llevaba mi madre, yo esperaba que bajara el espíritu de Gardel. Pero siempre podía suceder un imprevisto. A último momento, el espíritu podía no bajar. La cadena podía quebrarse, el poder de invocación resultar insuficiente y hasta la oración ser poca cosa ante el capricho de los espíritus. Salvo que ellos, los errantes, estuviesen muy necesitados de tomar la palabra. Porque esencialmente la vida de los espíritus es un continuo errar. La espera es una abolición del tiempo, ya que para ellos pasado, presente y futuro son un solo tiempo: un presente eterno.

El médium tiene sus trucos para buscar refugio. Hay una espera que se interrumpe cuando se abre la boca del médium y el espíritu toma la palabra. Si el esperado era un familiar, un hombre célebre, algún hermano espiritista, se podría decir que las cosas y las personas en la sala se tranquilizaban. Pero si era un desconocido, alguien que se anunciaba en el mismo momento de descender, cierta inquietud y suspenso se apoderaba de todos los hermanos. La primera pregunta era: “¿Se trata de alguien que tiene su alma en paz?”. El médium no debía dejarse llevar por la curiosidad, ni debía tentarse por saber quién era el espíritu; de esa manera, el espíritu podía jugar con él a su capricho.

Hay una hora fatal que A. Bierce puso en movimiento: “El reloj de John Bartine”. En ese relato también hay una foto del difunto. Se trata de la historia de un hombre que lleva un reloj de bolsillo con una pesada cadena que lo encadena a una maldición familiar. El reloj perteneció a su bisabuelo, quien una noche desapareció misteriosamente en manos de los enemigos de George Washington. El bisabuelo, antes de desaparecer, sólo dejó un reloj envuelto en un papel de carta que heredó su hijo; y, bíblicamente, el hijo de su hijo, nuestro personaje llamado John Bartine.

Desde que ha heredado el reloj, John Bartine tiene la irresistible tentación, transformada en un impulso irrefrenable, de abrir la tapa y consultar la hora sin ningún motivo que lo justifique. Cada vez que repite ese acto, si se quiere cotidiano, lo invade una misteriosa aprensión y un sentimiento catastrófico. Este sentimiento de desasosiego va en aumento si se acercan las once de la noche. Pasada esa hora, puede consultar la hora hasta con indiferencia.

John Bartine le relata a un amigo médico esta experiencia tan extraña. El amigo, llevado por su espíritu científico, le pide el reloj y al abrirlo descubre en su caja una foto en miniatura. El hombre de la foto es idéntico a John. Éste le aclara que se trata de su bisabuelo. El médico, ya no el amigo, le juega una mala pasada. Ya han dado las doce. Mientras John se distrae

leyendo, atrasa una hora el reloj. Después lo invita a mirar la hora. Cuando John comprueba que faltan dos minutos para las once, empalidece. Cierra la tapa del reloj y lo guarda en el bolsillo de su chaqué. El esfuerzo ha sido demasiado grande, le fallan las rodillas y cae al suelo.

La autopsia no revela ninguna anomalía. Pero antes de preparar el cuerpo para ser enterrado descubren alrededor de su cuello un ligero círculo de color oscuro. El médico trata de imaginar el destino de aquel bisabuelo. Finalmente deduce que Branwell Olcott Bartine fue ahorcado a las once de la noche; y antes, le habrían concedido varias horas para que se preparara y pudiese enfrentar la circunstancia. El médico siente que ya no le debe a la eternidad la pérdida de un amigo, sino la de una víctima. La hora fatal no se puede manipular caprichosamente, aunque el capricho pretenda ampararse en la ciencia.

Pero, dejando de lado los espíritus, ¿y nosotros? ¿Nosotros somos, acaso, los muertos vivientes a los que se refiere Cabrera Infante? Es posible entonces que la invocación al médium no se practique para evocar el pasado, sino que sea uno de los recursos que encontraron los muertos vivientes para disponer de un pasado.

El suspenso

En una oración uno le puede hablar a los muertos, hasta puede suplicarle al que yace en la tumba; un muerto nos puede hablar en sueños y, según la relación que tuvimos y tenemos con él, puede transformar el sueño en una pesadilla. Pero otra cosa es, como sucede en el espiritismo, que un muerto pueda hablar a través de alguien vivo. Es tolerable ver cómo el médium va recibiendo el espíritu que ha invocado. Pero el lapso que transcurre hasta el momento en que el espíritu se manifiesta, aunque dure unos minutos, es interminable. En el último instante, el espíritu puede arrepentirse y no bajar, o retirarse porque hubo algo que no le gustó del médium. El médium está a su merced y, sobre todo si el espíritu se apodera de su cuerpo sin su consentimiento, la escena resulta insostenible y dramática.

Los espíritus pueden hablar simultáneamente; por lo tanto escuchar varias voces al mismo tiempo, incluso, como escribe Conan Doyle en su historia del espiritismo, enviar mensajes en idiomas extranjeros. Poseen lo que se llama el don de lenguas.

El suspenso se instala en toda la carne mediúmnica. El espíritu avanza sobre la materia, hace sentir su presencia en las muecas y en las contorsiones de los brazos y de las piernas, que llegan hasta un estremecimiento automático, descompasado e inarmónico. En algún momento, el espírita pasa del lamento a la blasfemia, incluso al insulto virulento. Y es como si cada parte del cuerpo del médium acompañara o se resistiera a la palabra injuriosa. Si se desconocía la intención del espíritu había cierto suspenso temeroso hasta que comenzaba a hablar. No se sabía con qué se podía salir. Habitualmente eran espíritus desasosegados. Espíritus *homeless*.

Creo que no hay peor sensación de desamparo que sentirse desalojado en el más allá. No hay desamparo más grande para un creyente que haber perdido el cielo. Es un sentimiento doloroso, para el cual el rezo, la dádiva y hasta la penitencia resultan insuficientes.

De esta espera y de este suspenso de las almas está hecha la trama del relato espiritista. Construir una “teoría” espiritista del relato sería muy pretencioso, pero sí, es posible pensar cierta *manera* que afecta a la escritura, al desdoblamiento de la identidad y a la construcción de un enigma ligado al género policial, dado que la invención del alfabeto espiritista coincide con el descubrimiento de un crimen.

El relato espiritista

El alfabeto espiritista fue descubierto por un hombre. En ese sentido se relaciona con el código Morse. Esta es la herejía: no fue un código inventado por los espíritus y revelado a los humanos sino que hubo una inversión y fue un humano quien develó el lenguaje del más allá.

Según las historias del espiritismo, este culto nació en el estado de Nueva York, en una granja americana de Hydesville en 1847 (¿la ciudad de Hyde?). El lugar de origen del espiritismo, homónimo al apellido del personaje de Stevenson, ¿es una coincidencia? ¿Ya estamos en el corazón del desdoblamiento y de lo oculto?

La familia Fox, marido y mujer, y sus tres hijas, Leach, Margaret y Katie, vivían en Hydesville. La primera tenía veinte años, la segunda quince, la menor doce.

La casa tenía fama de estar embrujada. Se oían golpes –raps en la jerga espiritista– en los tabiques. Los muebles, a veces, se movían solos. La madre y las dos hermanas menores fueron las primeras médiums. En

realidad, las dos hijas: la madre ofició como una especie de Madama de aquello que con el tiempo se iba a transformar en un comercio de la carne y no del espíritu.

Ese día, el supuesto fantasma se había mostrado particularmente fastidioso. La señora Fox cuenta que resolvieron no hacerle caso y se acostaron temprano. Me imagino una granja en medio del campo americano donde la vida transcurre serenamente en un paisaje apacible; pero hay algo en el aire, la señal de lo siniestro que está por ocurrir.

La hija menor se entretenía dando palmadas y esperando la respuesta, que consistía en un golpe contra la pared. La madre tomó la palabra y le dijo al espíritu: “Cuenta hasta veinte”. Veinte golpes fueron dados.

Le pidieron al desconocido que si era humano diese un golpe. Se hizo un silencio. Dos golpes, si era un espíritu. Se escucharon dos golpes. Un nuevo lenguaje se había creado en el orden del mundo.

El espíritu en cuestión tenía doble identidad. Declaró ser Charles Haynes o Charles Ryan. O triple identidad, ya que Conan Doyle en su historia del espiritismo afirma que el nombre del muerto era Charles B. Rosmer. Un viudo, padre de cinco hijos, vendedor ambulante, que había sido asesinado por el locatario precedente y enterrado en el sótano de la casa de los Fox.

Al ser convocado, Charles no dio el nombre de su asesino. Resultó ser un vecino que había habitado la

casa unos años antes que los Fox y a quien se tenía por honrado. Cuando la familia Fox excavó en el sótano encontró cal, carbón, residuos de vajilla con un mechón de pelos y unos huesos entre los que se reconoció un pedazo de cráneo, probablemente perteneciente a Charles. Los Fox nunca prosiguieron la investigación, tampoco hicieron la denuncia policial.

Para Conan Doyle las hermanas Fox no son las que decodifican el espíritu sino otro vecino, llamado Duesler. Él es el primer hombre que apeló al alfabeto y obtuvo respuestas en forma de golpes dados. De esa manera llegó a las letras indicadas y con este procedimiento averiguó el nombre del muerto.

El diálogo que Duesler mantiene con el espíritu, C. Doyle lo transcribe así: “¿Fue usted asesinado? Los golpes fueron afirmativos. ¿Su asesino cayó en poder de la justicia? No contestó ningún ruido. ¿Puede ser castigado por la ley? Ninguna respuesta. Luego ordenó: Si su matador no puede ser castigado manifiéstelo por medio de golpes”, y los golpes fueron claros y distintos. Del mismo modo, Duesler logró enterarse de que el desconocido fue asesinado en la habitación situada al este de la casa, hacía unos cinco años, y que su asesino fue un tal... Después se confirma que fue asesinado un martes a las doce de la noche. Fue degollado con un cuchillo de carnicero y arrastrado escaleras abajo hasta el sótano, donde se lo enterró a diez metros de profundidad. El móvil fue el robo y la cifra exacta la da el mismo espíritu de Haynes, Ryan o Rosmer:

quinientos dólares. A la identidad enigmática, Doyle le agrega un nombre más, “aunque el nombre real del buhonero fuera Ross o Rosmer”.

Si el espíritu contesta todas las preguntas, ¿por qué nunca da el nombre del asesino...?

Finalmente, en 1848, mientras siguen las excavaciones se descubren algunos huesos humanos y, cinco años más tarde, otro descubrimiento: alguien había sido enterrado en casa de los Fox. Aquí, en Doyle, el novelista se impone al historiador del espiritismo: “Examinando los resultados de las dos excavaciones, es fácil reconstruir los sucesos. El cadáver fue enterrado bajo una capa de cal viva en el centro de la cueva, y después, alarmado el criminal por la facilidad con que podía descubrirse el emplazamiento, exhumó el cuerpo o la mayor parte del mismo, para enterrarlo de nuevo debajo del muro, o sea, en un lugar mucho más difícil de descubrir. No obstante, el traslado se llevó a cabo con tal precipitación, o, por lo menos, con tan escasa luz, que quedaron señales muy evidentes de la primera inhumación”.

Doyle advierte lo principal: dos tiempos. Dos entierros. Dos personas que descubren el cuerpo. El misterio comienza a desencadenarse a través de índices convertidos en signos: alarma, precipitación y luz escasa, se convierten en pruebas del crimen. Dos tiempos, porque Doyle no le arroga a las hermanas Fox el descubrimiento del cadáver sino a Duesler, que se transforma en el primer investigador espiritista.

El otro dato, la coincidencia de apellidos. Descubrimientos realizados en la casa de los Fox, cincuenta y cinco años más tarde revelan que en Hydesville el dueño actual de la casa casualmente se apellida Hyde. Fue este Hyde quien, en sus excavaciones, descubrió nuevos restos del buhonero asesinado y enterrado en el sótano.

Por lo tanto, comienza a ser importante la prueba. Del lado del relato espiritista, la coincidencia; del lado del historiador investigador, el experimento objetivo, la prueba.

En la casa de los Fox, en los tiempos en que el buhonero fue asesinado, vivía un matrimonio de apellido Bell y entre las pruebas reconstruidas del crimen están las declaraciones de una tal Lucrecia Pulver que sirvió al matrimonio. Meses después, la sirvienta tuvo que limpiar el sótano y encontró el piso desnivelado. A la mujer también le fue regalado un dedal que supuestamente la señora Bell le habría robado al buhonero. Después apareció otro dedal, lo cual implicó que la señora Bell se viese obligada a decir que el buhonero había regresado. Y más tarde alguien del pueblo que, al vestir las ropas del muerto, se convierte en aparecido.

Matrimonio Bell, otra vez la coincidencia. Un tal G. Bell inventó esa forma “telepática” de comunicarse, llamada teléfono. Hay en el espiritismo un discurso paralelo al dogma que a veces acompaña, pero muchas otras veces anticipa, los descubrimientos técnicos de la época.

La prueba y la coincidencia conviven. La coincidencia comienza con las cuestiones de identidad. La confusión con los nombres prosigue. Doyle da una pista: “Un nombre no es una idea y todos los médiums han recibido mensajes de absoluta autenticidad mezclados con nombres equivocados. Es posible que el nombre real del buhonero fuese Ross o Rosmer”. Y que esa confusión permitiera la dificultad de identificación. Lo cierto es que, por una cosa o por otra, el espíritu del muerto confunde al médium y no se puede develar su identidad o la del asesino. ¿Interferencias? ¿Identities múltiples? ¿Mensajes cifrados? Estamos en el corazón del misterio. La pregunta que surge es: ¿el relato espiritista toma elementos del género policial y de misterio o funda un género espurio entre el policial y el espionaje?

Pareciera lo primero, aunque se podría suponer que el relato espiritista no se asemeja a los sueños proféticos o anticipatorios y ni siquiera a la práctica de los detectives psíquicos. Es en nombre de la verosimilitud del relato que nunca se descubre la identidad del asesino por vía del espíritu del muerto. Las pruebas viran fluidamente del relato hacia el experimento ectoplasmático bajo el nuevo truco: la fotografía espiritista. Para legitimarse, el espiritismo necesita volverse científico: Escuela Científica Basilio.

¿En el siglo XIX el relato espiritista introduce una nueva manera de relatar? ¿Qué tipo de comunicación plantea el espiritismo? ¿La comunicación del médium

es un diálogo? ¿O simplemente es una cinta que transmite algo que después se va a borrar?

Según la historia del espiritismo hay un tal Andrés Jackson Davis, nacido en 1826 a orillas del Hudson, que tenía poderes de clarividencia y de clariaudiencia y ante la pregunta de si: “¿Percibe usted algún plan por el cual se haga más expedito el arte de escribir?”, la respuesta va al corazón del asunto: “Sí, me siento inclinado a inventar un psicógrafo automático. Es decir, un alma escritora artificial. Puede construirse como un piano, con una escala de llaves que representen los sonidos fundamentales; otra más baja representará una combinación, y una tercera una rápida recombinación; de suerte que la persona, en vez de tocar una pieza musical, escribirá un sermón o un poema”.

El relato espiritista, aunque dispone de este dispositivo automático, podríamos decir que agrega un nuevo código en el mundo. Duesler, su inventor, nunca se desdijo de su descubrimiento. Los ruidos espiritistas, reales o fingidos, fueron encuadrados en este código. Digo fingidos porque una de las hermanas Fox –Margaret– llegó a declarar en la academia de música de Nueva York ante un público numeroso que su mediumnidad sólo había sido una impostura. Para certificar la falsificación demostró que descalzándose podía producir con el dedo gordo del pie ruidos de golpes y chasquidos, tan fuertes y claros que reso-

naban en el fondo del salón y en el techo. Después de esa prueba, las hermanas Fox perdieron para siempre su prestigio.

Lo que importa es la interpretación de esos ruidos; no si esos ruidos los produjo una de las hermanas Fox. Es a partir de la interpretación de un mensaje del más allá, no necesariamente cifrado, que se crea una nueva manera de relato que en su origen aparece ligado al descubrimiento de un crimen. Dado este hecho, se podría suponer que la necesidad de descubrir un asesinato encubierto creó el espiritismo.

Las hermanas Fox escucharon los ruidos pero fue Duesler quien instituyó un código que implicó el diálogo entre un vivo y un espíritu perturbador: “Tipstología” o lenguaje de golpes. El espíritu de una familia funciona como un genérico. Los otros tres elementos importantes que configuran el relato son: el don de lenguas, la voz y la letra. Si la firma no concuerda es que el médium ha sido engañado por un espíritu que no es del círculo. Un espíritu en armonía con él se presta amigablemente al interrogatorio y a la identificación. Merced a estas dos instancias entramos en el género policial.

El rumor acerca de la posibilidad de conversar con los muertos se propagó desde la granja de los Fox en Hydesville por todo Estados Unidos. Pero aquí se produce la primera discriminación. La familia Fox fue

solemnemente excluida de la Iglesia metodista y debió emigrar a Rochester seguida siempre por el espíritu de Haynes. La hermana mayor, Leach, se transformó en la representante de las dos hermanas médiums. Otra versión, distinta de la anterior, asegura que se hicieron millonarias y el espiritismo pasó de ser un culto privado a ser una exhibición pública. Pero al final de su carrera, la causa se desconoce, terminaron pobres y alcohólicas.

Los muertos no mienten

Es el final de la historia de *Los mellizos de la flor*. En Ascasubi, uno se llama Luis y el otro Jacinto. Más allá de la mueca trágica y de la risa lamborghiniana con que Leónidas describió a estos dos personajes, el relato de los dúos tiene un régimen particular. No hay lo uno sin lo otro. No hay Cristo sin Judas, no hay Boulevard sin Pécuchet. No se trata de la figura del doble, es otra lógica temporal; no hay piel sin hueso.

La acción transcurre el 6 de enero de 1805 durante Pascua de Reyes. O sea, todo el día de Reyes. Más tarde, en Sicilia, me voy a encontrar con otra epifanía.

En los hermanos mellizos existe una relación particular con la simultaneidad. Jacinto tiene “la aneurisma”, producto de un golpe que sufrió y lo dejó postrado, vomitando sangre por la boca y las narices. Dio la casualidad que por la estancia de la Flor pasaba un viajero que era médico o más bien “un matasanos de mala ciencia y conciencia”. Después resultó ser un cochero que simplemente se hizo pasar por médico para poder cambiar su caballo cansado por el caballo del pobre Jacinto, y así proseguir viaje.

Cuando el falso médico vio a Jacinto vomitando sangre, después que lo “pulsió” lo declaró muerto a causa de un *morisma*. También reconoció en el muerto a Jacinto Salvador. Entonces se acercó a la escena un desconocido. Un cristiano dispuesto a ayudar a trasladar a Jacinto hasta la casa. La viuda pidió ayuda para cargar el finado y poder velarlo.

Recién entonces la mujer reparó en la cara del desconocido: era un extraño para ella. Tenía la cara picada de viruelas, un tajo desde la frente a la barba que le había vaciado el ojo derecho y, además, le había cortado la boca dejándole como horquetas en los labios.

La viuda se pasó la noche hilvanando o cosiendo una mortaja de lienzo blanco. Al muerto lo amortajaron a la madrugada.

A las tres y media la viuda le pidió al paisano desconocido que la ayudara a cargar al difunto hasta una carreta para llevarlo a enterrar a Pergamino. A las cuatro, el forastero cargó al finado y lo puso en la carreta.

Mientras picaba los bueyes que tiraban de la carreta, en la que iba un hombre amortajado, el desconocido pensaba que nunca en su vida se hubiera imaginado que conduciría ese cuerpo hasta el camposanto.

Esa escena bien podría estar en *Mientras yo agonizo*. El picador viajaba muy contristado. De pronto, a su espalda, el amortajado con una voz sepulcral le dijo: “¡Dónde me lleva, hermano!”.